

APORTACION AL DEBATE SOBRE UN CONFLICTO IMPOSIBLE

Manuel Ribas i Piera

ME propongo en este artículo dar respuesta a los interrogantes —tan actuales— que plantea Fernando de Terán en su editorial del n.º 59-60 de esta Revista.

Se trata —para quien quiera excusar su relectura— del pretendido conflicto entre planeamiento y diseño que afectaría, casi esquizofrénicamente, a quienes desde, con y por la formación de arquitecto pretendemos desde hace años incidir en el campo de la Urbanística y aun del Planeamiento físico en general.

Los «signos de los tiempos» están ahí. En Madrid, desde la primeriza polémica sobre la revisión del Plan (¿comarcal?, ¡municipal!), a través del episodio —que yo aprecio como situado en la misma línea— de los PAI (Programas de Acción Inmediata), de Madrid, hasta llegar al Plan que ahora se debate en todas sus proliferas determinaciones. En Barcelona, casi simultáneamente, la acción de un equipo municipal que a partir

del Plan comarcal de 1975 está intentando su ajuste desde premisas directamente arquitectónicas, ya sea en el planeamiento especial y de detalle, ya en el proyecto y realización de los llamados «proyectos urbanos».

El viejo e importante tema de la Composición Urbana —Cerdà, Stübben, Sitte, Tony Garnier, Unwin, Gibberd—, quién lo iba a decir, en los sesenta se pone de nuevo en la más viva actualidad; y con él la pretendida descalificación del planeamiento «cuantitativo», es decir, del que está muy atento a los parámetros y a la estructura pero tan desasido de los problemas de la forma que prefigura o que ni siquiera prefigura.

Para mayor auge de la polémica, se configuran las posturas, respectivamente, como planeamiento evadido o apolítico y urbanismo progresista ó de izquierdas.

Y aún hay más: en Barcelona se ha levantado ya la polémica profesional, la guerra de las competencias holladas, en las que se alinean de una parte algunos ingenieros de obras civiles, y de otra algunos o bastantes arquitectos.

Como verá el lector, tres son demasiadas confrontaciones implicadas en un único conflicto. Mi esfuerzo irá, de una en una, a pretender delimitarlas, pero sin dejar de tomar postura en cada una de ellas.

Me gustaría, en primer lugar, hacer ver lo que verdaderamente debería contar detrás de las profesiones y de los títulos o carreras, que no es la llamada «clase profesional» tan próxima a los gremios medievales, sino la *formación libremente elegida y recibida*. Todos quienes coincidimos hoy en el campo del Planeamiento y de la Urbanística —donde hay sitio para tantos especialistas—, fuimos libres, a los diecisiete años, de optar por recibir una determinada información/formación universitaria que se nos ofrecía a la par con otras. A partir de esa formación multiplicamos esforzadamente nuestros talentos para avanzar en el conocimiento de nuestra propia disciplina y *aun de las afines*, pero siempre, desde la plataforma libremente elegida, que la sociedad distingue con los títulos de sociólogo, ingeniero, economista, arquitecto o geógrafo. Y ocurre, al paso de los años, que los que fueron campos de formación en un determinado saber o sensibilidad concreta, son ahora campos de experiencia precisamente desde aquella sensibilidad o saber tan prematuramente elegido.

No se diga, pues, «esto lo escribe un arquitecto» sino «esto lo escribe un profesional que fue formado y ha practicado desde la particular sensibilidad y modo de entendimiento que caracteriza, por lo general, a los arquitectos».

Así el problema se objetiva en un hacer determinado, desaparece todo subjetivismo arraigado en el diploma oficial, pierden sentido las competencias de la clase gremial, y la polémica no es ya sobre intrusismo sino en todo caso sobre la competencia (en singular, por favor) del profesional aludido.

Dicho esto, comenzaré por la última de las confrontaciones enunciadas que radica en el campo profesional. Se ha escrito en Barcelona, recientemente, sobre el instrusismo profesional de los arquitectos en el campo de la ingeniería civil. Como aludido, juntamente con el equipo político-técnico del Ayuntamiento de Barcelona, pude fácilmente dar razón del conflicto. La insensibilidad de los ingenieros que proyectaron las nuevas vías de la ciudad, su desprecio u olvido de los conjuntos urbanos atravesados y su desinterés por todo lo que no fuera el trazado en sí mismo —que es un medio y no un fin—, propiciaron el encargo de su revisión y adaptación a algunos arquitectos que habíamos trabajado en comprender el sentido de la palabra urbanidad. Sin merma de las condiciones geométricas y de capacidad exigidas pero atentos a la «fachada urbana» que una operación de este tipo genera y formaliza, para bien o para mal según los casos, se llevaron a cabo las propuestas edificadas según donde se mire como Plan especial (Ley del Suelo) o como estudio informativo (Reglamento de carreteras).

A partir de ahí —y ello es tan obvio que ni debería decirlo—, el saber de los ingenieros de-

berá tomar el relevo para las fases ulteriores hasta llegar al proyecto de trazado y al proyecto de estructuras. Es evidente que no ha de haber conflicto sino potenciación de particulares saberes. Quizá alguno se sonría ante este «final feliz», pero yo lo creo muy sinceramente.

La confrontación política que también se quiere incluir en el pretendido conflicto entre planeamiento y diseño se anunciaría, muy «grosso modo», con una significación, evadida, de derechas o conservadora para el primero, mientras dedicaría adjetivos tales como comprometida, de izquierdas y de progreso para la construcción que va implícita en el diseño.

Entiendo, por lo que he podido leer y oír en la reciente y aún actual polémica, que todo arranca de otra postura, plenamente válida, que niega la neutralidad de todo aquel que profesionalmente pone sus manos sobre la ciudad, ya sea como «planner» o como «designer».

Personalmente —y perdónese este fragmento autobiográfico— desde que viví en los sesenta la falsa polémica sobre lo que entonces se llamaba «neutralidad de la técnica», enseguida comprendí precisamente todo lo contrario, y me apresuré a introducir en el programa de mi curso de Urbanística un par de lecciones sobre el valor de las ideologías en el planeamiento y cómo pasaba también por la ciudad la lucha de las ideologías.

Recientemente Oriol Bohigas ha explicitado esta tesis desde las páginas de «El País» y de «Avui». Según cuales sean los valores elegidos en la opción política dominante, así será la ciudad construida por los gobernantes. Pero no estarán solos, sino que habrán tomado las estructuras y las formas de unos profesionales que previamente las habrán elaborado desde una opción más o menos coincidente. Así, pues, no hay «técnicos neutros».

Pero esta afirmación que estimo obvia no tiene nada que ver con la que constituye la segunda contraposición de que aquí se habla, que atribuye negatividad al planeamiento mientras ensalza el diseño como vía realmente útil para el progreso de la ciudad. Ambas pueden ser ricas, creativas y progresivas, como pueden no serlo. No es mi misión ahora señalar las correctas adscripciones políticas. Lo que resulta cierto, en urbanismo político como en tantos otros campos de la actividad humana, es la cita evangélica «por los frutos los conoceréis» y a ella me remito.

Me resta por abordar la primera de las contraposiciones enunciadas al empezar. El diseño ¿es una vía más adecuada a los tiempos presentes, tanto que permite apartar el planeamiento en el proceso de la construcción de la ciudad?

El ya citado Oriol Bohigas en el importante prólogo a la publicación «Plans i projectes per a Barcelona, 1981-83», así parece querer afirmarlo, cuando se pronuncia en contra de la abstracción, de los procesos cuantitativos y no formalizables, de la metafísica de la totalidad, que en conjunto caracterizarían el planeamiento imposible.

Yo entiendo la polémica como la réplica a la insensibilidad y a la medianía tanto en la conser-

vación de los valores formales urbanos como en la renovación de los mismos, al planeamiento convertido en fin, contra la incapacidad en llevar a la práctica acciones que estimulen el sentir ciudadano a favor de la buena forma.

Creo que los arquitectos practicantes en Urbanismo también hemos sentido la necesidad de tal llamada y nos hemos preocupado cada vez más por la prefiguración morfológica que lleva en sí mismo el Plan General, aun sin esperar a los planeamientos de mayor detalle. Es lo que anecdótica pero muy significativamente se observa en los dibujos de «Plan general con arbolitos».

El Departamento de Urbanística de la Escuela de Arquitectura de Barcelona se planteó hace ya bastantes años esta diversificación entre «planners» y «designers» e hizo concretamente su opción. Acuñamos la frase «enseñar Urbanismo para arquitectos», que ahora pretendo substituirla por otra más apropiada, «enseñar el Urbanismo de los arquitectos». Al margen de lo que cada una pueda significar como esfuerzo pedagógico adecuado a una determinada realidad, va implícita en ambas una distinción entre Urbanismo y Arquitectura que no quisiéramos se hiciera totalmente coincidente con la que existe entre planeamiento y diseño.

Creo personalmente, y lo he defendido en ocasiones de palabra y por escrito que aun el diseñador más hostil al planeamiento está haciendo Urbanismo si su diseño es diseño urbano. Pero esto no quiere decir que sea el único y elogiable camino para incidir sobre la ciudad.

A partir de la desventaja que implica lo *mediato* (consustancial al planeamiento), frente a lo *inmediato* (que es propio del diseño), es evidente

que la misión de «estado mayor» que corresponde al planeamiento urbanístico no sólo no puede ser negada sino que es intrínseca en el proceso de construcción de la ciudad. Se pueden llevar a la práctica, sin riesgo, proyectos urbanos y pedazos de ciudad si previamente existe un cañamazo que los acogerá. Si no lo hubiere, también podrán conseguirse resultados parciales, pero con el riesgo de que se queden solos, carentes de la magnificación que les confiere el engarce con esa otra realidad formal superior que es la ciudad.

A fin de cuentas, la forma urbana no es más que el hilvanado de secuencias en las que el hilo es un elemento formal de menor envergadura. A fin de cuentas, la ciudad no es más que un discurso en el que las frases son sus fragmentos, y la arquitectura de la ciudad construye sus sintagmas básicos.

Pero así como no puede haber contraposición entre el lenguaje y sus componentes, así no puede pensarse jamás que planeamiento y diseño se contraponen.

Lo ocurrido es que algunos profesionales del diseño al doblarse como profesionales también del planeamiento se han sentido alejados de sus raíces, metidos en un mundo parcialmente extraño, de apariencia insensible y fría. El rechazo a esta situación y la experiencia de muchos años de primacía sin frutos del planning, ha creado la réplica, el rechazo al planeamiento.

Planeamiento y diseño son dos esferas tangentes y aun secantes, en los que cada uno se sentirá más o menos a gusto pero que no pueden menos que seguir girando juntas, para bien de nuestras ciudades.